



«¿Y si lo que buscas está en tu interior?»

Día de la Iglesia diocesana

Subsidio litúrgico
para el celebrante

XXXII Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 10 de noviembre de 2024



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Alrededor de tu mesa (CLN, A 4) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Sal 87, 3):

Llegue hasta ti mi súplica, inclina tu oído a mi clamor, Señor.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La paz, la caridad y la fe,
de parte de Dios Padre
y de Jesucristo, el Señor,
estén con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos hoy el domingo trigésimo segundo del tiempo ordinario. Estos últimos domingos del año litúrgico son una invitación a reflexionar sobre los acontecimientos finales, como son la muerte, la segunda venida de Cristo, el juicio personal y el juicio final. Las lecturas y oraciones son una invitación a vivir cada día conscientes de ese horizonte, lo cual nos ayuda a recorrer más decididamente nuestro camino de fe. Hoy es, además, el Día de la Iglesia Diocesana, en el que recordamos que esa fe la vivimos, cada uno desde nuestra propia vocación y estado de vida, en una comunidad cristiana concreta: en nuestra parroquia, en nuestra diócesis, siempre en comunión con la Iglesia universal. Oramos hoy por nuestro obispo, pastor de nuestra Iglesia diocesana, y por todos los que formamos parte de ella, para que sepamos descubrir el plan que Dios tiene para cada uno de nosotros y responder con generosidad a esa llamada al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Condúcenos hasta ti: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Ilumina los pasos de nuestro camino: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Ábrenos la puerta de la fe y de la salvación: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS de poder y misericordia,
aparta, propicio, de nosotros toda adversidad,
para que, bien dispuestos cuerpo y espíritu,
podamos aspirar libremente a lo que te pertenece.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Estamos terminando las semanas del año litúrgico, y las lecturas nos van orientando hacia el final de la historia y la vuelta gloriosa del Resucitado en su segunda venida. El libro de la Sabiduría nos invita a buscar, encontrar y a poseer la auténtica sabiduría, para estar preparados y acogerlo con prontitud. Hoy, con la parábola de las diez doncellas, se nos invita a prepararnos para entrar en el banquete eterno. Jesús nos dice: «Velad, porque no sabéis el día ni la hora». San Pablo, por su parte, presenta una catequesis sobre la suerte de los difuntos y los acontecimientos del fin del mundo. Escuchemos con atención.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Presentemos ahora nuestra oración confiada a Dios Padre, pidiéndole que nos haga cada vez más fieles a su amor, siguiendo el camino de su Hijo Jesucristo.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por nuestra Iglesia diocesana: por nuestro obispo, por los sacerdotes, los consagrados y los seglares, para que, agradecidos por los dones y talentos recibidos, crezcamos cada día en la comunión con el Señor, en la fidelidad a nuestra respectiva vocación, en la unidad y comunión fraterna, en el compromiso apostólico y evangelizador y en la cercanía y servicio a los pobres y a los que sufren. Roguemos al Señor.
2. Por quienes se han alejado de la Iglesia, especialmente por quienes lo han hecho por las dificultades para vivirla en nuestra sociedad y por la presión social, para que vuelvan a encontrar la alegría de la fe y el gozo de la pertenencia a la comunidad eclesial. Roguemos al Señor.
3. Por las autoridades civiles, para que actúen siempre con prudencia y sabiduría, velando siempre por el bien de la sociedad. Roguemos al Señor.
4. Por los pobres, por los que no pueden participar de los bienes que Dios ha querido que fueran para todos, para que puedan recibir la ayuda que necesitan. Roguemos al Señor.
5. Por todos los que participamos en esta celebración, que hemos recibido el don de la fe y celebramos a Jesucristo, para que seamos testigos del amor de Dios en nuestra vida. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ESCUCHA, Señor, la oración de tu Iglesia,
Epresente en esta comunidad reunida para alabarte,
que quiere hacer suyos los anhelos de toda la humanidad,
y concédenos lo que te pedimos con fe.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

MONICIÓN A LA PREPARACIÓN DE LOS DONES

En este día de la Iglesia diocesana, donde damos gracias a Dios por todas y cada una de las vocaciones, se nos recuerda también que nuestra aportación económica es necesaria para el sostenimiento de nuestra Iglesia y de su labor. Seamos generosos y unamos nuestro compartir a la participación en la eucaristía.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Yo creo en ti, Señor (CLN, 738) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A LIMENTADOS con este don sagrado,
A te damos gracias, Señor,
invocando tu misericordia,
para que, mediante la acción de tu Espíritu,
permanezca la gracia de la verdad
en quienes penetró la fuerza del cielo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

El Señor os bendiga y os guarde.

R. Amén.

Haga brillar su rostro sobre vosotros y os conceda su favor.

R. Amén.

Vuelva su mirada a vosotros y os conceda la paz.

R. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo. Puede introducirse con la siguiente monición:

Hermanos: en esta eucaristía, hemos celebrado el misterio de la fe en comunidad, sintiéndonos parte de la Iglesia diocesana y en comunión con toda la universal. Lo que hemos celebrado en esta eucaristía es signo de lo que un día será el banquete definitivo. Que nuestras lámparas ardan alimentadas con el aceite de las buenas obras.

Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española